

Acerca de יונה Ioná

Una de las lecturas de *Iom Kipur* corresponde al libro del Profeta Ioná. Otra vez intentaremos "hacer hablar" a las *mekorot*, procuraremos generar interrogantes de los cuales surjan conceptos que den lugar a un proceso educativo. Y, en este caso, el relato nos permitirá volver sobre la imagen de aquella escalera que comenzamos a subir en el mes de *Elul*. La historia de Ioná resulta un disparador para tematizar el momento en el que la introspección halla su punto más alto. Las dudas, los temores, las huidas, resultan elementos a partir de los cuales generamos un vínculo empático hacia Ioná. En este sentido, este personaje asoma como alguien dubitativo, que muestra sus contradicciones. Y este rasgo nos lleva a pensar la diferencia con respecto al *makor* que trabajamos en *Rosh Hashaná*: Al tiempo que el relato de *Akedat Itzjak* nos presenta a Abraham que lleva a cabo un acto con determinación y firme actitud, Ioná resulta un personaje que no sólo trasluce sus quiebres internos en la vacilación sino que, incluso, huye en un primer momento ante el mandato divino. De aquí que este relato nos resulte más cercano en tanto, de alguna forma, refleja nuestro propio proceso de búsqueda interna, donde las contradicciones y las vacilaciones constituyen aspectos recurrentes.

El Capítulo I del *makor* nos cuenta que Dios se dirigió a Ioná y le ordenó que fuese a la ciudad de Ninve, donde eran usuales las acciones maliciosas y violentas. La tarea de Ioná sería efectuar un llamado sobre la población del lugar que produjese la pausa y la consiguiente atención a los hechos injustos que se sucedían. Pero, lejos de atender al mandato divino, Ioná decide huir. Sin dar respuesta, siquiera aludiendo discordias, se escapa en un barco que iba hacia la ciudad de Tarshish:

וַיִּקְרָא יוֹנָה לְבָרַח תַּרְשִׁישָׁה, מִלִּפְנֵי יְהוָה

(יונה א':ג')

"Levantóse Ioná para huir de la Presencia del Eterno a Tarshish".

(Ioná 1:3)

El capítulo III vuelve a presentarnos la palabra de Dios hacia Ioná: nuevamente el llamado a "levantarse" e ir a la ciudad de Ninve. Y el versículo siguiente afirma:

וַיִּקָּם יוֹנָה, וַיֵּלֶךְ אֶל-נִיְנוּהַ--כַּדְבָר יְהוָה

(יונה ג':ג')

"Levantóse pues Ioná y fue a Ninve, conforme a la palabra del Eterno."

(Ioná, 3:3)

La pregunta apuntará, pues, al porqué de la huida ante el primer llamado. ¿Por qué Ioná elude en una primera instancia el mandato divino? Sula Abramsky ensaya una respuesta posible: Ioná decidió escaparse porque la misión que Dios le encomendaba le resultaba sumamente ajena a sí mismo. Vale decir, Ioná siente extraño el pedido divino de ir hacia la ciudad de Ninve y de alguna manera aquella misión va en contra de sus principios. De todos modos, la huida da cuenta de un personaje atravesado por las dudas y los quiebres internos. Esto es, Ioná opta por la vía fugitiva en lugar de asumir una posición sólida frente a la divinidad. Pareciera que el accionar demanda unidad al momento de su concreción y, en este sentido, Ioná aparece como un ser fragmentado que huye.

Ahora bien, si finalmente ante el segundo llamado Ioná se dispone a cumplir el mandato divino, debemos atender al proceso que devino en este cambio de actitud y compromiso. La fuente misma nos relata lo sucedido, aunque será tarea nuestra poner en juego ciertas categorías que nos ayuden a comprender la historia y que, además, nos permitan extraer conceptos extensivos al abordaje educativo.

Una gran tormenta sorprende al barco en el cual viajaba Ioná en su huida hacia Tarshish. La tempestad produjo una sensación de temor entre los marineros quienes, como relata el *makor*, se dispusieron a clamar por su dios y arrojaron luego sus pertenencias a fin de que el peso sobre el barco fuese menor. Sin embargo, Ioná se apartó de la atmósfera frenética que se vivía en la embarcación y se recostó sobre la parte más profunda del barco. Tal actitud despertó la atención de la tripulación:

וַיִּקְרַב אֵלָיו רַב הַחֵבֶל, וַיֹּאמֶר לוֹ מַה-לָּךְ נַרְדָּם; קוּם, קְרָא אֶל-אֱלֹהֶיךָ--אוּלַי

יִתְעַשֵּׂת הָאֱלֹהִים לָנוּ, וְלֹא נִאֲבֵד.

(יונה א':ו')

"El patrón del barco vino a él y le dijo: ¿Cómo es que duermes?
Levántate y clama a tu Dios".

(Ioná, 1:6)

Ioná, pues, es objeto de un llamado externo: el capitán lo invita a sumarse a la reflexión y lo incita a orar como lo hacían los demás tripulantes.

Luego el relato hace referencia a cierto agüero practicado por los marineros para determinar la causa de la tempestad; las suertes son echadas y caen sobre Ioná. Nuestro personaje aparece, según este juego de azares, como el culpable de la terrible tormenta que recaía sobre el mar. Ioná, en consecuencia, se presenta ante los marineros y les dice que deben arrojarlo al mar para que la tempestad se calme. A pesar de la negativa primera por parte de la tripulación y los intentos de eludir tal acción, a la postre Ioná es arrojado al mar y ciertamente la tormenta cesa. Sin embargo, ante el inminente ahogo de Ioná, la fuente nos sorprende:

וַיִּמַן יְהוָה דָּג גָּדוֹל, לְבַלַּע אֶת-יוֹנָה; וַיְהִי יוֹנָה בְּמִעֵי הַדָּג, שְׁלֹשָׁה יָמִים
וּשְׁלֹשָׁה לַיְלוֹת.

(Ioná ב':א')

"Y preparó el Eterno un gran pez que tragara a Ioná, y Ioná estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches."

(Ioná 2:1)

Nuevamente, un elemento externo provoca la pausa en nuestro personaje. Vale decir, la situación que lo lleva a la reflexión viene desde fuera.

Sea como fuere, Ioná se dispone a orar a Dios desde el vientre de aquel pez. Ioná reflexiona, se vuelve sobre sí, hasta que finalmente Dios hace que el pez expulse a Ioná de su interior. Después de esta situación, el *makor* prosigue la historia y narra lo que sucede al cumplimiento del segundo llamado divino.

En referencia a nuestra inquietud de comprender este proceso que lleva a Ioná a tomar parte del mandato en el segundo llamado, debemos centrarnos en este proceso de vuelta a sí que se inicia dentro del pez. Podríamos pensar que esta introversión constituye un momento de תשובה - *Teshuvá*, una instancia que –más allá de la significación posible del arrepentimiento- resulta un proceso que lo

devuelve a su propia individualidad. En este sentido, la *Teshuvá* es entendida como la vuelta a uno mismo.

Ahora bien, ¿cuáles son los disparadores de la reflexión –y luego, de la acción– en el caso de Ioná? Pareciera que, en un primer momento, son los llamados externos los que producen la detención en Ioná y su consiguiente reflexión. Sin embargo, no es sino a partir de la propia motivación que Ioná decide llevar a cabo su misión. Se da, por tanto, un interjuego entre fuerzas externas y fuerzas internas: las unas actúan de disparadores de la reflexión al tiempo que conviene a las segundas ser motor del proceso de vuelta a uno mismo.

Entre uno y otro llamado divino, en resumen, Ioná atraviesa un proceso que no es sino este regreso a sí mismo. Un proceso que, en definitiva, se asienta en la libertad, en la posibilidad de realizar una vuelta sobre sí y trabajar sobre su interior a partir de un acto de voluntad. Sin embargo, el relato de Ioná no termina con la *Teshuvá*: después de predicar ante la ciudad de Ninve y ver que ante la actitud de sus gentes que recibe finalmente la gracia divina, Ioná se enoja, no comprende el modo de actuar de Dios ante la gran ciudad. El libro termina, por tanto, con una conversación entre Dios y Ioná, en la cual, otra vez el profeta será llamado a la reflexión.

La lectura de Ioná en *Iom Kipur* nos acerca a nuestro propio proceso interno, en el que nos encontramos con los múltiples quiebres, las incesantes contradicciones, las continuas dudas. Nosotros mismos somos seres fragmentados como Ioná, que tememos, que nos enojamos, que huimos. Pero a su vez, la libertad a partir de la cual nos constituimos como individuos nos permite transitar un proceso personal, buscando en nuestro interior aquello que queremos recomponer. Y este proceso de introspección no es sino el disparador del *Tikun Atzmi*, que nos dejará luego en las puertas de lo colectivo, cuando salimos de nosotros mismos y vamos al encuentro con los otros.